

EXTRAORDINARIA LABOR JESUÍTICA EN LA AMERINDIA DEL SIGLO XVIII

Darío González

1. Consideraciones generales

Dar una ojeada a la historia de Sudamérica es algo que apasiona por completo a los espíritus inquietos, por aquí y por allá, aparece la necesidad de detenerse y penetrar en el tiempo, de remontarse a lejanas latitudes, de acercarse para examinar los hechos acontecidos allí y de intentar una interpretación y valoración más actualizada, más plena, más fría, más sistemática y más real, todo ello siempre in situ.

Ir al lugar de los hechos, ver con nuestros propios ojos esa ya añeja geografía, y pensar con nuestra propia mente, es algo que nos permite liberarnos de la usual esclavitud de tener que aceptar lo que otros piensan, dicen, escriben y nos imponen o al menos tratan de hacerlo con no siempre buena intención.

En los libros de historia queda escrito lo que cada una de las partes involucradas en un determinado hecho aduce para sustentar sus puntos de vista, encontrándose, por esta razón, diversidad de criterios e interpretaciones derivadas de las fuentes de la historia usadas y de la forma en que se las utiliza, otorgando así, al lector, una visión tergiversada, parcializada, antojadiza y a veces falsa, todo ello para defender los intereses inherentes a cada grupo social, nación, país o étnia.

Normalmente, las partes vencidas pierden o menguan, tras los conflictos, sus territorios y junto con ellos sus recursos naturales y, por supuesto, lo más importante, su cultura, la misma que se ve seria e incuestionablemente afectada, distorsionada o erradicada. Ya prácticamente lo anterior, el pasado, empieza a petrificarse y por lo tanto, el presente y el futuro se proyectan en una nueva dimensión nacida de las nuevas circunstancias, de las nuevas influencias y de las nuevas condiciones de vida.

Es aquí donde entramos a tallar, pues bien, las partes vencidas, por haber caído en un proceso de debilitamiento agudo y sentirse carentes de la vitalidad y de la fortaleza que poseen los vencedores, no se encuentran en condiciones de normalidad e igualdad para presentar su visión de la historia con la debida objetividad que se necesita para evitar errores e interpretaciones desajustadas.

Los vencedores del pasado reciente son, también, de alguna forma, los vencedores de hoy y siguen imponiendo sus condiciones al que fue vencido ayer y que por lo tanto sigue vencido hoy. Cuando el vencido se asimila al vencedor, o se hace su aliado incondicional, se van robusteciendo los lazos y vínculos que los mantendrán unidos por mucho tiempo, pero el precio a pagar es visiblemente captable desde cualquier confín del mundo, esto es, la pérdida gradual de la propia y original cultura.

Así pues, procediendo a acercarnos a los puntos históricos de los que nos ocuparemos en esta ocasión, hemos de afirmar que separadas por las aguas del Atlántico, por el transcurso del tiempo y por los sinsabores de la vida, Iberia y Latinoamérica aún no han visto cicatrizadas por completo las viejas heridas

producidas por los abusos, incomprensiones e inestabilidades derivadas de los momentos históricos que vivieron en el pasado y que en la cuenta cronológica significan un lapso de 500 años.

1.1 Limitaciones acerca de la aproximación a las fuentes históricas

Para acudir a las fuentes históricas precisas, se requiere tener un amplio conocimiento y dominio práctico de la paleografía hispanoamericana de los siglos XVI, XVII y XVIII. Cosas estas que no siempre forman parte del bagaje cultural del historiador, lo cual lo condiciona en su labor académica. A esto hay que añadir el hecho de que no todos los documentos fueron escritos en lengua hispana sino también en varias otras de Europa, por lo que se impone la necesidad de conocerlas en su forma antigua, es decir, la paleográfica y también en su versión moderna, tenemos, entre otros, el caso del francés, del italiano, del provenzal, del polaco, del alemán, etcétera, además, por cierto, del ineludible latín, lengua culta e internacional de la época.

1.2 Antecedentes históricos que rodearon el advenimiento de la Orden Jesuita

La iglesia cristiana de occidente escindida en sus entrañas debido a la acción y fe inquebrantable que albergaba en su corazón el monje agustino Martín Lutero y la denominada iglesia católica romana que tenía en su seno ayer, igual que hoy, diferentes órdenes y congregaciones, conocidas por todos como, por ejemplo, franciscanos, dominicos, mercedarios, agustinos, carmelitas descalzos, etc. vieron ellos, al principio con suma alegría y luego con pavor, surgir una nueva entidad, la orden de los jesuitas, fundada por Iñigo López de Onza y Loyola, vástago de una casa natural de la tierra vasca, allá por los pueblecillos de Aspeitía y Ascotía, fue, según afirman sus biógrafos, el octavo de los once hijos nacidos al matrimonio que unió terrenalmente a don Beltrán de Loyola y a la matrona María Sáenz.

Iñigo nació en 1491 y murió en Roma en 1556, después de haber llevado una vida mundana durante los primeros treinta años de su probación temporal, le sobrevinieron ocho años de penitencia, tras lo cual se sucedieron doce años más, dedicados a estudios especiales con miras a la formación de lo que en el futuro sería conocida como la Compañía de Jesús, la misma que con el decorrer de los años daría mucho que hablar.

Con el devenir del tiempo, crecimiento, expansión e incuestionablemente superioridad en asuntos académicos, los jesuitas, que en términos generales eran muy estudiosos y laboriosos, empezaron a ser mal vistos por los miembros de las otras órdenes religiosas, quienes llenos de rabia y celos por los éxitos alcanzados por ellos, tanto a nivel de influencia en asuntos papales y papables cuanto por su ya clásico dominio de la diplomacia vaticana, les empezaron a serruchar el piso.

Para rematar todo lo dicho, los éxitos de cualquier índole, terminaban, tarde o temprano, en prosperidad económica. El rey de España y su homólogo de Portugal vieron, con suma tristeza y dolor en sus corazones, que los miembros de la Compañía de Jesús no obedecían a la autoridad real sino simple y llanamente a la del Papa, pues era éste y no ningún rey el hombre al que se tenía como representante de Cristo. Nació así el binomio Portugal-España versus Vaticano.

Mermada de esta forma la autoridad real y heridos en lo más hondo de sus entrañas, las testas que ostentaban las coronas reales de los dos países de Iberia no pararían hasta ver arruinados a sus enemigos, los desobedientes jesuitas. Tramaron y tramaron hasta conseguir, años más tarde, su objetivo, que terminó con la expulsión de la Orden Jesuita de sus territorios, todo ello con la anuencia del Supremo Pontífice romano que terminó apoyándolos en sus proyectos. Este hecho fue celebrado por todos los enemigos de lo que en aquel entonces se denominaba en términos groseros el Imperio Jesuita.

A los clérigos de las demás agrupaciones religiosas no les faltaban razones poderosas para estar celosos, pues la Compañía de Jesús tenía la costumbre de admitir en sus filas solamente a los más elevados de Europa, para decirlo en términos sencillos, a la flor y nata de la nobleza del viejo continente. Los numerosos jesuitas nacidos en América provenían también de familias que se distinguían por su linaje, alcurnia, estirpe, casta, nobleza o abolengo, sustantivos todos estos que se utilizaban normalmente unos tras otros en aquellos ya idos años, a fin de intimidar a los que careciendo de éstas, ya hoy ridículas y desusadas denominaciones, se veían en la natural circunstancia de tener que agachar la cabeza cada vez que aparecía uno de estos tipos en cualquier lugar, hora o circunstancia.

Estas diferenciaciones entre nobles y plebeyos, algunas veces muy ligeras y otras muy profundas, en forma solapada también se hacían ostensibles dentro de los claustros religiosos. Monasterios, conventos y aposentos clericales por doquier tienen, en un sinnúmero de lugares de Amerindia, historias que no escapan a lo que hoy día se conoce como discriminación, sobre ello no nos pronunciaremos hoy, pero dejamos el asunto sobre el tapete para una posterior oportunidad.

1.3 Llegada de los Jesuitas al Perú

El año de 1569 llegaron a Lima los jesuitas, diremos, para ser honestos, con algo así como tres décadas después que lo hicieran los franciscanos, los dominicos, los agustinos y los mercedarios. Tres años más tarde se les ordenó preseguir hacia los territorios pertenecientes a la audiencia de Charcas, con la intención de crear allí un colegio en la naciente ciudad de La Paz. El virrey del Perú, don Francisco de Toledo, fue quien los reubicó y los destinó a la doctrina aymara de Juli, esto es, en las proximidades del Lago Titicaca.

Juli, que se encuentra ubicada en el actual departamento de Puno, se precia hoy de tener cuatro hermosísimas iglesias de corte barroco, edificadas por los indígenas de la zona, con la natural guía, dirección y planificación de los sacerdotes jesuitas. Los turistas que visitan Perú no dejan de admirar las bellas pinturas del otrora famoso Bernardo Bitti, y es que los sacerdotes supieron comprender que a los infieles no se les podría nunca evangelizar a no ser que se les demostrara que el dios venido de ultramar era más grande, más fuerte, más poderoso y más temible que cualquier dios ameríndico, todo se reducía, por entonces, a un simple problema de jerarquías bien establecidas en cuanto a quien era el dios verdadero.

1.4 Presencia jesuítica en la vieja Amerindia

Dentro de lo que cada etnia menciona como balance positivo o negativo de lo acontecido en el último medio milenario, hay cosas, es evidente, dignas de especial tratamiento, como por ejemplo, el aporte de los jesuitas, en lo que en su tiempo se denominaba Provincia Gigantesca del Paraguay. Hay que advertir aquí, para evitar errores de lesa cultura, que la actual república de Paraguay no guarda concordancia territorial con la antigua Provincia Gigante del mismo nombre. La antigua fue desmembrada y tras diversos episodios históricos quedó finalmente reducida a su mínima y actual presencia en el corazón de Sudamérica. Todos los países vecinos de Paraguay han visto acrecentados sus límites territoriales a costa de la otrora gigantesca Paraguay que resultó perdiendo territorio pero ganando algo que ninguno de los demás países de Latinoamérica tienen, a saber, un bilingüismo absoluto en la totalidad de su población, el guaraní y el español.

Lingüísticamente hablando, cosa curiosa, pero caso concreto, el único país, entre los que estuvieron en tiempos pasados bajo dominio español, que no ha perdido por completo su lengua vernacular es Paraguay, lo que le da una configuración especial que no poseen sus vecinos. La hoy pequeña territorialidad paraguaya alberga a menos de cinco millones de habitantes pero cada uno de ellos es verdaderamente bilingüe y ellos se sienten orgullosos de tener como lengua nacional la vernácula de otrora más la otra, es decir, la foránea.. Quien pise suelo paraguayo en calidad de extranjero, si no fuese ave de paso, tendrá que verse obligado a estudiar la lengua guaraní para no verse en dificultades. La lengua española podrá absolver muchos problemas, pero evidentemente no todos ellos.

Así, en un extensísimo territorio hoy dividido en varios países y en nada más que un lapso cercano a las dos centurias, ellos, los jesuitas, establecieron treinta y tres pueblos, esto tan sólo en las cercanías de las misiones de Moxos y Chiquitos, hoy por hoy territorio boliviano, cada uno de esos nuevos pueblos se encontraba bajo el cuidado de un par de sacerdotes, dichos pueblos albergaban una población indígena de alrededor de ciento cincuenta mil individuos.

Es menester, aquí, traer a colación, y esto a fin de poder explicar el inusitado éxito obtenido por los sacerdotes jesuitas, que eran, a no dudarlo, hombres muy bien preparados en toda suerte de actividades, ciencias y conocimientos de su época. Muchos de ellos, con una natural inclinación al estudio de toda clase de lenguas, se enfrascaron en la confección de gramáticas y diccionarios bilingües de cada uno de los pueblos con los que entraron en contacto.

Su aporte a la lingüística es notable y su herencia hoy la podemos cosechar en cada uno de los lugares donde pusieron pie. Los miembros de la Compañía de Jesús, provenían de diversas partes de Europa y América, así, habían al lado de españoles castellanos, andaluces, flamencos, franceses, italianos, alemanes, suizos, vascos, catalanes, griegos, austriacos, húngaros y, por cierto, personas nacidas en el vasto territorio americano, de aquí, de allá y de acullá, no todos pero si muchos de ellos, eran verdaderos amantes de las lenguas, así, talentosos y esforzados clérigos, hicieron sin saberlo una aportación más a la lingüística que a la religión.

2. Los guaraníes

El término guaraní, aunque etimológicamente tiene el significado de hombre de guerra, de conformidad con lo expuesto por el diccionario de la Lengua Española y esto de acuerdo con la idiosincrasia, que se dice ser propia de sus nativos, en verdad, en el mundo ameríndico, significó hombre que defiende lo suyo, aún a costa de su vida, designaba en tiempos pasados a los individuos que divididos en muchas parcialidades, se extendían desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Este vocablo denota también la lengua hablada por sus integrantes que radican hoy en Paraguay y en la provincia argentina de Corrientes. Un tercer significado es el que sirve para designar la unidad monetaria del Paraguay, siendo la cuarta y última acepción la de cualquier cosa perteneciente o relativa a esta etnia.

En cuanto a los indígenas guaraníes, que se hallaban dispersos en el continente sudamericano, diremos, que en forma primigenia andaban totalmente desnudos y con los cuerpos totalmente cubiertos de tatuajes de variadas representaciones y significaciones que los europeos nunca alcanzaron a descifrar. Tenían, además, los rostros cubiertos de negras y rojizas pinturas que obtenían de la maceración de conocidas hierbas. Y, en algunos casos, tarugos que se ponían en los labios, para que no pudieran entrar por ellos, ni a su boca ni a sus cuerpos, los malos espíritus, que según decían ellos, abundaban.

Los europeos quedaban pasmados observando a estos indígenas que fuera de la cabeza no presentaban ni un solo pelo en el resto del cuerpo, pues tenían la costumbre de arrancarse los pelos de las axilas y de las partes pudendas, además, claro está, de cejas y pestañas, todo lo cual les daba un aspecto muy extraño.

La cantidad exacta o aproximada de ellos es algo que nunca nadie podrá saber jamás con certeza. Sin embargo, se encuentran cifras parciales, por aquí y por allá, a las que debemos mirar con no poco cuidado, motivo por el cual no haremos al respecto mayores ni profundos comentarios. Algunos indígenas llegaron a formar parte de las misiones y reducciones que iban instalando los sacerdotes, pero no todos. Siempre hubo el tipo de hombre que amante de su verdadera libertad no se dejó endulzar por los laboriosos y tenaces jesuitas. Huyendo del europeísmo terminaron algunos morando en zonas inhóspitas donde se multiplicaron, y cuya descendencia, por lo tanto, se libró del azote de la transmisión de nuevas y variadas enfermedades contagiosas traídas del viejo mundo.

Muchos sucumbieron a la magia de la música, de las vihuelas, de los violines, de las flautas y de cuanto instrumento musical traían los misioneros europeos y tañían. Los misioneros atrajeron, así, a los indígenas que quedaban maravillados al escuchar nuevos y audaces sonidos jamás percibidos, soñados o imaginados por ellos. Esta sin igual admiración por la música que evidenciaron los nativos hizo posible su inserción en las misiones y posteriores reducciones que implantarían con mucho éxito los jesuitas, todo ello producto del arte musical.

De esta manera, simple, natural, sin hacer uso de la violencia, los sacerdotes jesuitas se dieron cuenta que el verdadero camino para allanar cuanta dificultad surgiera en el futuro vendría del qué y del cómo de la música. No se equivocaron, los

naturales que por miles de años estuvieron disfrutando del canto de los pájaros, dejaron de perseguirlos con sus filudas flechas y los acogieron amorosamente con su ya clásico saludo lloroso, típico de su cultura, con abundante chicha que era y es hasta ahora lo mismo, es decir, jugo fermentado de maíz en sus primeros momentos y aguardiente del mismo en los últimos, es decir, cuando se halla bien macerado y que, por lo mismo, produce un efecto embriagante. Es pues muy interesante sopesar lo que aconteció años atrás con los misioneros jesuitas cuando pisaron por primera vez suelo indígena, en la vieja Amerindia.

2.1 De las parcialidades guaraníes

Grosso modo, hemos de afirmar que los guaraníes y sus diferentes parcialidades como los chiriguano, los tovatines, los chiripás, los caynguás, los tapés, los itatines y otros más que no nos es menester enunciar hoy aquí, conformaban un conglomerado de viajeros que siendo muy numerosos cubrían una vasta y atractiva región. Nada menos que desde el Caribe hasta las proximidades de lo que actualmente se conoce como Río de la Plata, en la actual Argentina.

2.2 Diferenciación de culturas dentro del mundo guaraní

El término guaraní era, de alguna forma, una expresión amplia que denotaba no siempre lo mismo, pues las personas que habitaban estos pueblos eran de variadas naciones o etnias, aunque la mayoría era de origen verdaderamente guaraní, guaraní, tal como hoy se les conoce, hay que recordar a otras tribus que nada tuvieron que ver con ellos, por ejemplo, a los apyteré, a los tembecuá, a los mbayá, a los tótora y a los lenguará que actualmente están asentados en la región oriental del país y sin olvidar a los muchos otros que se ubicaban en el occidente, es decir, en la región del Chaco.

En la región occidental habían los chulupí, los lengua, los angaité, los toba, los chamacoco, los sanapaná, los tapieté, los guaná, los lenguará, los guarayo y los maca. Los lenguará como habremos podido notar se ubicaban una facción de ellos en el este y la otra en el oeste.

El arduo y fatigoso trabajo de los sacerdotes jesuitas se centró en la formación de las doctrinas, primeramente en Juli, donde se establecieron alrededor de un centenar de aldeas en torno suyo con, algo así, como 30.000 habitantes que hablaban el aymara unos y el runasimi otros, ese runasimi es la lengua que hoy se conoce como quechua, lengua oficial del imperio del tawantinsuyo de ayer, convertida en lengua nacional del Perú bajo el gobierno del revolucionario peruano General Juan Velasco Alvarado, por lo que esta nación mantiene en la actualidad dos lenguas oficiales. En este país andino se habla el quechua, el aymara, el español y alrededor de 400 diferentes lenguas en la región amazónica, aunque los hablantes nativos de esta última región son, hoy en día, reducidísimos.

De Juli se enviaban al Cerro Rico de Potosí, cada año, Alto Perú, nada más ni nada menos que 260 indígenas en calidad de mitayos, para laborar en las famosas minas de plata, y de las cuales muchos de ellos no volverían jamás, ya que morirían por exceso de trabajo en ese cruel sistema de semi esclavitud implantada por los europeos.

De esta manera, la población indígena iba mermando poco a poco, estos mitayos obedecían las órdenes de las autoridades políticas y no religiosas, viendo estas tremendas injusticias cometidas por las autoridades civiles en desmedro de la integridad nativa, los padres jesuitas se vieron instados a actuar... y actuaron...producto de lo cual fueron las ardorosas disputas que sobrevinieron entre ellos y quienes ostentaban los puestos de poder dentro de las jerarquías virreynales.

Los indígenas empezaron a ver bien a los sacerdotes jesuitas y éstos se sintieron halagados y dispuestos a enfrentar peligros imaginables e inimaginables a fin de hacer algo positivo en favor de esos tristes indígenas por quienes sentían verdadera lástima.

Esos miembros de la Compañía de Jesús, que usualmente provenían de familias adineradas, llenas de comodidades y lujos, tras efectuar los ejercicios espirituales y someterse a las reglas de la modestia, impuestas por su Orden, verían cambiar sus vidas trágicamente. El largo, rudo y duro trajinar por las enmarañadas selvas, los envejecían prematuramente, sus vestidos ya decolorados y raídos por el paso del tiempo los asemejaban a los pordioseros que caminaban llenos de harapos, pues se hallaban en casi estas tristes condiciones. Se alimentaban de mandioca, maíz y de las frutas de la estación de turno. Cuando no había nada que comer se veían en la necesidad de echar mano a los gusanos y hasta a las hormigas. Estas deplorables condiciones de vida, fueron, a saber, únicamente en los inicios de su apostolado, pues posteriormente, poco a poco y con el paso de los años, se hartarían de toda suerte de bienes terrenales provenientes de las manos laboriosas de los sin par indígenas, que trabajaban sin cesar en las denominadas reducciones.

En tratándose de gusanos y hormigas, seguramente recordaremos a los indígenas de México que incluían a éstos y otros animales en su riquísima dieta llena de proteínas. Hasta el día de hoy, que se sepa, nadie ha muerto por comer gusanos y hormigas. Además, si alguien quisiera hacer asco a estos animalillos, les recordaremos que en la época de los romanos, se acostumbraba estofar a los ratones, y esto, como es natural observar, no acontecía en América sino en Europa, creemos que está demás decir que los estofaban para comerlos y no para hacer investigación culinaria.

Bien, volviendo a lo nuestro, lo concreto es que los jesuitas, hay que reconocerlo una vez más, fueron muy laboriosos, y aunque no todos ellos tuvieron un feliz desenlace como culminación de su apostolado, pues algunos de ellos terminaron en las fauces cocodrílicas de caimanes y yacarés. Otros, por ejemplo, picados por serpientes venenosas, vieron apagar sus vidas rodeados de cantos mágicos provenientes de la siringe de las aves que los observaban con terror cuando los últimos movimientos corporales extintorios de la fugaz existencia humana los hacían oler ya a muerte. Hubo muchos que si lograron el éxtasis de la serenidad y de la paz interior que deviene de mostrar amor al prójimo.

Por otro lado, no pocos fueron blanco de las flechas de los indígenas a quienes trataban de evangelizar, ni faltaron tampoco los misioneros que después de su muerte vieron sus cabezas reducidas al tamaño de una mandarina, esto último a manos de los temibles jíbaros, amos y señores de una buena parte de la amazonía, lugar donde hasta el más sereno de los más atrevidos de los aventureros perdía el coraje.

2.3 Influencia del idioma guaraní

El idioma guaraní ha dejado sus huellas en la nutrida toponimia que es testiga muda de los andares de estos indígenas. Al tratar de investigar cualquier cosa relacionada con ellos, ha de tenerse presente todo el tiempo que el mapa político, lo decimos una vez más, no mantiene correspondencia con el mapa étnico y no está demás dejar bien claro, por otra parte, su naturaleza volátil, etérea, nómada, lo que siempre dificultó en el pasado los estudios antropológicos, históricos y sociales y cuyas consecuencias hoy todos las cosechamos.

3. Una vuelta al pasado

Sobre la naturaleza de estos pueblos y sus estados culturales que pasmaron a los europeos de la época de la dominación, hay que ser muy cuidadosos ya que inevitablemente hubieron, entre ellos, diversos niveles. Como toda cultura depende en gran manera de su ambiente geofísico, lo que inevitablemente condiciona todo o casi todo lo que emana de ella, diremos, respecto de lo que nos interesa, que los guaraníes vivían en una zona templada donde la naturaleza ofrecía frutos, pesca y caza en abundancia, lo que sumado a parciales, pequeños y esporádicos cultivos que se efectuaban unos por allí y otros por acá, permitía satisfacer todas las necesidades momentáneas.

Cuando la zona ocupada transitoriamente entraba en desgaste y no podía más ofrecer lo que era indispensable para la satisfacción de las normales necesidades vitales, el pueblo guaraní emigraba a otra. Si deseáramos fantasear un poco diríamos, como alguien ya lo ha hecho, que lo hacían por placer o por la irremediable necesidad de huir de las tribus beligerantes, que prácticamente nunca faltaron.

En la zona del Altiplano andino, por ejemplo, hace frío, mucho frío, muchísimo frío, lo que de manera natural trae consigo la necesidad de tener una cueva, un abrigo, una choza, una casa, acorde con su medio, hecho que originó la arquitectura andina, con sus consabidas y propias características, adecuadas a sus particulares inquietudes y retos naturales, abundancia de piedra y adobe con puertas y ventanas pequeñas para evitar que penetren innecesariamente ráfagas de aire helado que, en no pocos casos, resultan mortales.

En la misma zona andina, debido a las inclemencias del frío, surgió una industria textil, algo gruesa y pesada, que se desarrolló maravillosamente, siendo muy diferente de la de la costa que siempre fue más liviana. La industria textil no apareció entre los guaraníes simplemente porque no aconteció con ellos lo que sí a los quechuas, la necesidad de protegerse de los fríos más inimaginables. Los guaraníes que no estuvieron sujetos a estos retos culturales, no tuvieron necesidad de ropajes, por eso deambulaban, desnudos, desnudos y desnudos, por todos lados, en todo tiempo y a toda hora.

La ya clásica transhumancia de los guaraníes no les permitió tener una arquitectura como la de los pueblos andinos, monumental, pétreo, sino chozas simples, pasajeras, porque ellos se consideraban aves de paso. Fueron guerreros, pues tenían que enfrentar, dentro de su contexto, a sus ocasionales enemigos y tenían, muchas

veces, que huir abandonando todas sus precarias pertenencias, hecho que los obligaba a no tenerlas o a poseerlas en limitada cantidad.

Su arsenal bélico estaba compuesto por instrumentos cortantes hechos de huesos, piedras, maderas y fibras vegetales, a lo cual se sumaba, obviamente, el veneno que ponían a sus cerbatanas y que provenía de diversos tipos de serpientes.

3.1 Canibalismo ritual

Fue el canibalismo ritual que practicaban los indígenas guaraníes lo que determinó que algunos europeos se espantaran, al extremo de efectuar juicios desfavorables y notablemente perjudiciales a los intereses de estos indígenas, pero de este punto nos ocuparemos en otra ocasión en forma detenida, tal como se merece el caso.

Por el momento nos limitaremos a señalar lo que el francés Pierre Francois Charlevoix S. J. publicó en París en 1766, afirmaba que eran casi todos estúpidos de naturaleza, feroces, inconstantes, pérfidos, antropófagos, extremadamente voraces, dados a la embriaguez, sin previsión y sin precaución, ni siquiera para las necesidades de la vida.

40 años antes, esto es, en 1726, época de una incipiente influencia europea, Patricio Fernández S.J. había escrito algo describiendo que los hombres andaban totalmente desnudos y que las mujeres traían camisetitas de algodón que llamaban tipoy, con mangas largas hasta el codo y lo demás del brazo desnudo, hablaba Fernández mucho de la desnudez y poco del canibalismo que por aquel entonces ya no era tan necesario practicar.

No merece la pena citar todos los pensamientos y anotaciones injustas que se han hecho sobre los indígenas a través de los muchos años de visión europea. Queremos, por el momento, enfatizar que vivían en un estado de relativa inocencia, no conocedores ni del bien ni del mal, algo así como aconteció, según la biblia, a la primera pareja humana en el Edén en la época en la que no se les habían abierto los ojos todavía, es decir, antes de la desobediencia a Jehová, lo que devino en el conocimiento del bien y del mal, para esto habrá que leer el Génesis con suma cautela para no caer en la grosería en la que han caído muchos cristianos, la de malinterpretar el verdadero significado de lo que fue el árbol del conocimiento del bien y del mal, según consta en las escrituras. Para esto bastará abrir el libro del Génesis, capítulo 2, versos 9 y 17, también el capítulo 3 en sus versos 5 y 7.

No fueron pocos los europeos que imaginaron que el paraíso terrenal, del que hablaban y siguen hablando las escrituras hebreas, estuvo ubicado en el corazón de Sudamérica. Se escribieron tratados y toda suerte de documentos intentando llenar un vacío en las afiebradas mentes de algunos. Artistas de toda índole, pintores, escultores, dibujantes, ceramistas, poetas y músicos se pusieron a confeccionar sus trabajos con temas tomados del mundo guaraní.

La Compañía de Jesús, que Iñigo López había logrado edificar a la manera de una milicia al servicio del Papa de turno, vio en los pueblos guaraníes la gran oportunidad que buscaba, la de evangelizar a estos infieles que practicaban la poligamia y que

andaban desnudos sin pudor alguno. Aquí es necesario dejar constancia que los indígenas practicaban un nudismo meramente natural y que por lo mismo no tenían razón de avergonzarse de ello, al respecto será bueno recordar que la primera pareja humana creada por Jehová Dios, vivió en el jardín del Edén totalmente desnuda sin que ni Dios ni los ángeles ni ellos mismos se avergonzasen de ello hasta que se les abrieron los ojos tras su desobediencia.

3.2 Poligamia

En cuanto a la poligamia, práctica muy extendida en la antigüedad, será bueno recordar que la biblia, que es virtualmente la palabra de Jehová Dios, nos relata que el rey Salomón tuvo nada menos que 700 esposas y 300 concubinas, lo cual puede comprobarse fácilmente abriendo el capítulo 11, versículo 3 del Primer libro de Reyes de cualquier edición, iglesia, secta o denominación cristiana.

En el capítulo 3 del mismo libro se puede leer en el versículo 9 que, Salomón, al ser nominado rey en lugar de su padre David que había gobernado Israel la friolera de 40 años, pidió a Jehová un corazón obediente para juzgar a su pueblo, para DISCERNIR entre lo BUENO y lo MALO. A continuación Jehová contesta ... “ciertamente te daré un corazón sabio y entendido de modo que no haya resultado haber ninguno como tú antes de ti y después de ti no se levantará ninguno como tú”...Este relato según consta en la biblia se realizó en Gabaón lugar donde se apareció Jehová a Salomón en un sueño de noche, diciéndole :“SOLICITA LO QUE DEBO DARTE”, era Salomón por aquel entonces nada más que un pobre muchachito, según lo afirma él mismo textualmente. En el versículo 7 del mismo tercer capítulo, se puede cotejar esta expresión.

Respecto a la poligamia hay mucho que hablar y discutir, pero, por no ser en esta oportunidad el tema central de nuestro enfoque, no tenemos más alternativa que dejar las cosas colgando hasta una nueva ocasión, pero prometemos algún día abordar el tema.

3.3 Número de nativos que se establabieron en las zonas moxeña y chiquitana

Sobre la cantidad de indígenas que albergaban las reducciones de Moxos y Chiquitos, situadas en actuales tierras bolivianas y otras más en sus cercanías, se dan, por ejemplo, las cifras de 150 mil al momento de la expulsión de los jesuitas de los territorios dominados por los soberanos de la península ibérica, es decir, el año de 1767.

3.4 Censo paraguayo

De conformidad, por otra parte, con los datos provenientes del Censo de 1950, la población indígena del Paraguay, había disminuído tanto que sobre una totalidad de un millón y medio de paraguayos, éstos apenas alcanzaban el dos por ciento, es decir, treinta mil almas.

Significa esto que de los ciento cincuenta mil indígenas de la época de los jesuitas, hace 55 años ya se habían convertido en tan sólo la quinta parte de ellos, y en la actualidad son menos en proporción a la población total que ha aumentado a cerca de

cinco millones de habitantes.

Pero de todas maneras y a pesar de que la mayoría de la población paraguaya ya no es indígena en su totalidad sino mestiza, la presencia de los naturales es visible todavía hasta el día de hoy. Su lengua es hablada por todos y, el extranjero que desee, por ejemplo, leer los diarios, revistas y otras publicaciones periódicas se llevará una tremenda sorpresa al descubrir que junto a las palabras de la lengua general de Amerindia se insertan inevitablemente muchas otras de origen guaraní que los hablantes nativos del español no entienden.

Este particular hecho no sucede tan abundantemente en los demás países ameríndicos, la razón es muy simple, Paraguay, ya lo hemos dicho, es la única nación en Latinoamérica que mantiene viva en su totalidad la lengua de sus antepasados. Por aquí y por allá, regiones plurilinguales del pasado continúan hoy mostrando sus características culturales propias que nadie pudo, puede o podrá erradicar jamás, ni en Paraguay, ni en Perú, ni en Bolivia ni en Ecuador, países, esto es conocido por todos, de una notable e inextinguible fibra indigenoide.

4. Frutos devenidos de la religión

4.1 Sincretismo religioso

El proceso de evangelización emprendido con mucha vehemencia, dio motivo a la pronta edificación de iglesias, construcciones sólidas, amplias, elevadas, de majestuosa y visible captación. En ellas se introdujeron retablos, imágenes, pinturas, esculturas y muchísimos otros objetos que no tenían por finalidad sino cautivar a los indígenas ...y esto se logró...pero en cuanto a la erradicación de los dioses paganos, diremos que el fracaso total que mostró la iglesia católica, es evidente e irreversible. En cada uno de los lugares donde fueron los sacerdotes evangelizadores, no consiguieron erradicar nada, sino simple y llanamente superponer el dios europeo a aquéllos que eran propios de los indígenas. Como consecuencia de esta superposición de deidades y, en algunos casos, concepciones cósmicas plurales y a veces hasta antagónicas, aprendieron a convivir en los corazones de los indígenas dualidades y sincretismos que resienten seriamente la fe cristiana. Fuera de estos puntos negativos, pasaremos a ver los positivos.

La mezcla de culturas, lenguas, credos y razas, habría de traer consigo nuevas y apreciables características que exigirían en el futuro retos inimaginables. Producto de las aventuras de los europeos en suelo americano, que quedó devastado, desarticulado, ensangrentado, explotado y sujeto a toda suerte de injusticias internacionales, desde entonces y hasta ahora, las manos de las omnipotentes naciones de ayer y de hoy no han dejado de expoliar a los habitantes de ese continente que, por mucho tiempo, la mano bendita de Jehová dios preservó de la voracidad, no de todos, pero sí de los muchos malos europeos de antaño.

Pero, no todo fue malo, hubo excepciones que merecen la comprensión, el apoyo, la solidaridad, el respeto y el debido reconocimiento de todos. Quitando los puntos negros, que necesariamente han de verse surgir en ésta, al igual que en cualquier otra empresa, nos concentraremos en lo positivo y esto porque ha de darse a César lo que es

de César y a Dios lo que es de Dios, véase Marcos capítulo 12, verso 17, esto nos obliga a recordar con cariño a los miembros de la Compañía de Jesús, pues sinceramente se lo merecen.

4.2 Mártires por doquier

Ninguna de las otras órdenes religiosas del catolicismo ostenta tal número de 900 mártires misioneros que derramaron su sangre en el territorio indígena, ni tampoco sembró y cosechó algo que intentaron, hicieron y lograron, digamos a plenitud, los jesuitas, instruir a un buen número de nativos en el conocimiento y manejo de artes y oficios. Las reducciones eran esos lugares donde se les adiestraba. A lo largo de los años no todos han visto con buenos ojos ni a las reducciones ni a los jesuitas. Para efectuar un dictamen imparcial y severo hay que examinar demasiadas cosas, que no siempre son sencillas ni están al alcance de cualquiera, siendo el principal motivo de ello el de las fuentes históricas a utilizarse para el caso concreto y que no siempre son públicas sino también privadas y de difícil o imposible acceso, esto también ya lo hemos puntualizado, por lo que aquí sólo hay que considerar lo limitado que resulta un trabajo que no siempre es fruto de un análisis total y completo en todas sus aristas.

4.3 Recompensa al sufrimiento

Si bien no todos los misioneros tuvieron un trágico final, muchos de ellos alcanzaron verdadero gozo y solaz en sus corazones al contemplar, tras inusitadas penurias, el producto de su incesante labor cristiana, la formación de aldeas, pueblos, talleres, iglesias, escuelas y demás centros comunitarios al servicio de los indígenas. Cosechas, manadas de ganado vacuno, caballar, lanar, porcino y talleres donde se producían textiles y muchas otras cosas, recompensaban con creces los desvelos y desventuras de los infortunados misioneros.

Dejaron de comer carne de mono, lombrices y raíces, como lo hacían al comienzo y empezaron a portar tabaco, hierba mate y sal y a endulzar sus bebidas con miel de abejas que abundaba en la región. Cambiados que fueron sus hábitos alimenticios, empezó a mejorar su nivel de vida y su salud. En su extenuante labor, los misioneros usaron, aparte de su fe, la astucia, la sagacidad y la notable inteligencia que los caracterizaba, además, por cierto, su muy severa formación académica.

El uso de las herramientas de hierro devino en algo popular, el desmonte, el corte de los árboles y cuanta faena o labor agrícola se emprendía, florecía por doquier, gracias a las bondades que emanaban del uso adecuado de las mismas. La crianza de animales y el uso del arado se multiplicaron, las cosechas aumentaron de la noche a la mañana y la leche vacuna manó hasta saciar todos los apetitos. Los cultivos de la caña de azúcar y del algodón, al igual que los del maíz, los de la yuca y los del arroz se veían alegremente en lontananza.

La figura de los cruceros de hizo popular, eran ancianos que llevaban como signo de su autoridad la cruz. La labor de ellos consistía en llevar el recuento estadístico de las enfermedades, el de los nacimientos, el de los matrimonios y el de las defunciones, todo ello para informar a los misioneros quienes a su vez elevaban los informes a sus

superiores.

Se construyeron templos y para el culto se hizo necesario el establecimiento de talleres de pintura, platería, herrería, carpintería, cerería, tejeduría, y otros más, que empezaron a multiplicarse. El número de coristas y de músicos era enorme y la calidad artística que se podía apreciar en cada una de sus intervenciones no era inferior a la de los europeos.

A los indígenas se les enseñó a fabricar instrumentos musicales, órganos, flautas, caramillos, violines, arpas, campanas, etc. Lo que con el paso del tiempo, daría lugar a la aparición de una organografía mestiza con características propias. Producto de esa nueva era de incursión en los menesteres artísticos es la, en nuestros días, altamente estimada arpa indígena paraguaya. Aunque para ser exactos, debemos reconocer que hoy en día se la fabrica en los talleres artesanales ubicados en la ciudad y no en el campo. También será necesario apuntalar el hecho de que quienes elaboran las arpas son, incuestionablemente en nuestros tiempos, los mestizos y no los indígenas. No escapará a la comprensión de nadie que el tiempo, en su largo discurrir, todo lo troca, lo que explicará el porqué de tantas cosas extrañas percibidas y conceptuadas así *prima facie*.

4.4 Experimento jesuita

Por otra parte, y siempre volviendo al punto de los indígenas, resulta difícilísimo creer en las verdaderas razones que motivaron a los jesuitas a emprender una celosa campaña de evangelización llevada al extremo, pero... como dicen las escrituras,...por sus frutos los conoceréis, véase para esto Mateo capítulo 7, versos 16 y 20 y también el capítulo 12 en su verso 33.

El experimento jesuita llevado a cabo en las misiones produjo un grado notable de adelanto cultural, progreso material y bienestar en abundancia. Impusieron una organización quasi socialista a la manera de la que tuvieron los incas en el tawantinsuyo, regimentado por el principio de que la tierra y los talleres eran de propiedad de la comunidad, de todo ello hicieron uso y abuso.

De ello se derivaba el hecho de que las ambiciones personales en cuanto a poseer bienes materiales eran prácticamente nulas y, por ende, las luchas fratricidas, inexistentes. Caso totalmente diferente de la historia de los europeos que, amantes de los bienes personales, se enfrascaban en eternas luchas, batallas, guerras y toda suerte de contiendas sin fin, testigos de lo cual son todos los pueblos de la tierra..

El temperamento pacífico de los indígenas, entrada la colonización, cambió de rumbo. Los sacerdotes jesuitas planificaron trabajo obligatorio para todos los que se hallaban en condiciones de hacerlo. Una cierta cantidad de los frutos y bienes de producción eran destinados al mantenimiento de las viudas, de los huérfanos y, por supuesto, de los ancianos, de los enfermos, de los heridos y demás personas que por cualquier causa se encontraban en calidad de incapacidad temporal o permanente, también esto fue una copia del magno imperio incaico.

Tal como es de suponerse, las misiones que fundaron los jesuitas tuvieron que enfrentarse a la creciente hostilidad de las autoridades políticas y militares impuestas

por la corona española y, también, a la mala fe de los colonos hispanos que deseaban echar mano a los indígenas para someterlos a duros y penosos trabajos en provecho suyo. Lo que no sucedía en las reducciones de los jesuitas, entre otras cosas, era la explotación del hombre por el hombre, aunque hay hoy quienes lo dudan.

Los negreros de Sao Paulo, por ejemplo, que vivían del repugnante pero lucrativo negocio del tráfico de esclavos, iban de Piritinanga a buscar indios guaraníes a cualquier lugar donde les fuese posible obtener sus diabólicas pretensiones. La invasión de los colonos y mestizos brasileños a tierras situadas al oeste tenían como finalidad acercarse al Cerro Rico de Potosí, donde la plata era tan abundante y la ambición de sus explotadores tan descomunal, que esta mina a tajo abierto originó la creación de la ciudad del mismo nombre, la misma que en un santiamén llegó a tener más población que París o Londres, todo lo cual atraía las miradas, los sueños, los ensueños y la afiebrada idea de hacerse rico de a la noche a la mañana.

Todos necesitaban mano de obra gratuita o al menos baratísima y la mejor manera de poder cumplir con sus deshonestos deseos era o esclavizando a los indígenas o adquiriéndolos a precios irrisorios. Con dinero contante y sonante los negreros y los indios de ayer se hicieron de grandes fortunas. Algunos hasta engendraban hijos en los vientres de las negras para vender a sus propios hijos, a los cuales está demás decir, no reconocían como tales, y así, de esta forma, acrecentando el número de esclavos que tenían a su disposición, tras venderlos veían aumentar de esta ignominiosa manera sus infames ganancias.

A los individuos, pertenecientes a las poblaciones de color de origen africano, que fueron traídos a América en contra de su voluntad se les dio un trato cruel. No menos triste fue el sufrimiento de los indígenas a quienes se les sometía por la fuerza y se les obligaba a trabajar hasta que morían de neumoconiosis, silicosis, hambre y sed. Así, paulativamente, la población indígena fue disminuyendo en todos los confines de los territorios colonizados, en todos los lugares, menos en las misiones fundadas, organizadas y supervisadas por los sacerdotes jesuitas, donde los índices de los nacimientos fueron elevadísimos.

Y, es el caso que en las misiones y reducciones todos los quehaceres de la vida pública y hasta privada estaban, por así decirlo, reglamentados. A campanazo limpio se les recordaba a los indígenas, el tener que cumplir con sus deberes conyugales cada noche, hecho que incidió en el aumento de la población. Crecidos esos nuevos seres, eran desde su tierna infancia adiestrados para algo útil en el futuro. Pasada la adolescencia habrían de laborar duramente, para lo cual estaban ya prácticamente familiarizados desde su niñez y fue así que con el sudor de sus frentes se ganaron el pan de cada día.

La laboriosidad de los indígenas fue tan notable que despertó estupor por doquier, los productos artesanales a cual más diversos que salían de sus talleres se vendían en todas las zonas, vino y sobrevino una época de bonanza. El excedente de la producción no cesaba de aumentar lo que determinó el hecho de tener que exportar a Europa.

Como el régimen al que estaban sometidas las reducciones, no incluían el pago de impuestos, la corona española vio que las arcas de los jesuitas aumentaban en todos

sus dominios. Este hecho fue, entre muchos otros, uno de los que motivó la expulsión de los jesuitas de todos los territorios y señoríos de la corona, el temor morboso de que poco a poco se hiciesen de los bienes y posesiones más ricas y más valiosas en ese continente donde todo, gracias a la mano bendita de Jehová Dios, abundaba por doquier.

4.5 Innegable aporte jesuita

El aporte de los sacerdotes es innegable y encomiable, la historia del arte en general les debe muchísimo, pero en cuanto se trata del principal objetivo de su celo y preocupación, el de la evangelización, afirmaremos que sustituyeron una idolatría por otra, es más, ambas se mezclaron, convivieron y conviven hasta el día de hoy en un sincretismo que ninguna fuerza pudo, puede ni podrá detener jamás, a no ser, por supuesto, la divina.

Para ser justos, es menester mencionar y reconocer el éxito inusitado que alcanzaron los jesuitas en el plano educativo. Fundadores de escuelas, colegios, universidades, talleres, granjas y esto sólo para nombrar algunas de las innumerables cosas de bien que hicieron en, para el caso nuestro, Amerindia y, para el caso de otros, en diferentes y variadas latitudes del mundo, hay que aplaudir su sacrificio, celo y esfuerzo puestos a prueba.

Claro está que como seres humanos que lo eran y lo son, estaban y están sujetos a las mismas tentaciones y limitaciones inherentes a la naturaleza humana de la cual nadie pudo, puede o podrá escapar. Bien, tras estas consideraciones que deben ponerse sobre la mesa, estamos ya en mejores condiciones que antes para emprender un mejor camino intelectual de enjuiciamiento y balance global y final de la obra jesuítica.

5. Conclusiones

La influencia de los religiosos puso término a la añeja poligamia y al canibalismo ritual que los guaraníes practicaban desde tiempos inmemorables..

El aporte de los padres Jesuitas es incuestionablemente valioso en lo que se refiere a la creación de aldeas, pueblos y misiones, en diferentes lados de Amerindia. El progreso logrado en materia de edificaciones de capillas, templos, iglesias, conventos, escuelas, talleres y otros más, y los beneficios derivados de todo ello, pusieron fin a la vida nómada de los guaraníes lo que les permitió, en un tiempo veloz, vivir dentro de una sociedad de carácter comunitario.

La práctica en la construcción de variados instrumentos musicales que, poco a poco, se fue acentuando en las reducciones, permitiría a los indígenas, posteriormente, manufacturar instrumentos músicos mestizos, con una nueva e inspiradora visión, tal es el caso, entre otros por ejemplo, de la denominada arpa paraguaya.

Al permitir a los indígenas seguir usando sus lenguas y dialectos ancestrales, se robusteció el aprecio por su cultura y se sembraron las bases para la posterior no desaparición del guaraní, producto de lo cual es el total bilingüismo que se aprecia hoy en el Paraguay.

La confección de gramáticas y diccionarios bilingües y políglotas de las lenguas de

una buena parte de las tribus, permiten hoy, tras el paso de variados siglos, efectuar estudios de lingüística comparada, trazar la evolución de lenguas y dialectos zonales y penetrar, en el caso de los pocos interesados, en el intrincado camino de la paleolingüística.

Bibliografía

- Aubert Máxime, *La vida cotidiana en las misiones jesuíticas de Las Indias y el Paraguay*. Ediciones, TH, Madrid, 1991.
- Baptista Gumucio, Mariano, *Las misiones jesuíticas de Moxos y Chiquitos*. 3ra edición. La Paz, 2004.
- Block David, *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*, Sucre, 1997.
- De Charlevoix Pierre Francois Xaxier S.J. *Histoire du Paraguay*, París 1766.
- De Madariaga, Salvador. *Cuadro Histórico de las Indias*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1945.
- Fernández J. Patricio, *Relación Historial de las Misiones de los Indios Chiquitos*, Editorial A. de Uribe, Asunción, 1896. 2 tomos. Original de 1726.
- Garay Blas, *El comunismo de las misiones*, Biblioteca paraguaya del Centro de Derecho, Asunción, 1921.
- González Darío, *Apuntes de los Viajes de Investigación por Sudamérica*, años 1988 al 2005, inéditos, versiones manuscritas con abundantes anotaciones de trabajo de campo y fotografías tomadas *in situ*.
- Marzal M. Manuel, *La utopía posible, indios y jesuítas en la América colonial*. Ponti